

## 10835 - Palabras negras

La luz penetraba en el océano como una palabra golpeando el silencio insondable, como una tristeza desgarrada por el bullicio del carnaval del mundo. Las olas hablaban en una lengua de movimientos constantes, emergían de la nada y golpeaban con fuerza las rocas desgastadas, aporreando el tiempo con su canción de infinito desorden.

Todo aquel paisaje, aquella polifonía de sonidos discordantes, era tan bella como el transcurso de la vida misma, y albergaba en su interior el ruido impenetrable de la existencia.

Había notado, días antes, el inicio de la primavera: el cielo arrojaba ya esa luz acogedora de las últimas semanas de marzo, y despertaba lentamente a los seres de la Tierra. Aunque, sobre aquella voz de tiempo vivo, sobre aquel relato eterno de luminiscencia, surgían a veces las palabras negras.

En las conversaciones con mis amigos, en los diálogos banales con mi familia, aparecían cada cierto tiempo frases con una sonoridad especial: eran de un ritmo más lento, de una densidad casi insoportable, e introducían en el silencio el olor de la pérdida.

Hablaban de una corriente sin vida que ahogaba la luz del interior del océano: una enredadera de muerte.

Sin darme cuenta, dejé de visitar la costa, e inconscientemente también procuré eliminar de mi mente aquella presencia oscura que se cernía sobre todo lo que amaba, aunque cada vez pareciese más fuerte.

De esta manera transcurrió todo el mes de abril; la realidad doblegada por un silencio de felicidad e inconsciencia, un silencio en el que me refugiaba cuando, a veces, me parecía demasiado tarde.

Llegó un momento en el que no pude soportarlo más, y volví al mar.

Recuerdo perfectamente cómo transcurrió aquel día. El aire tenía una pesadez especial, y cubría de gris todo aquello que me rodeaba. El cielo, cubierto por una espesa capa de nubes, parecía haber empalidecido por una ráfaga de viento helado, o quizás por aquella enredadera de la que hacía tiempo que no hablaba.

-Las peores tormentas -recordaba la voz de mi padre- son las silenciosas. Son tan crueles, que no avisan de su llegada. Cuando te quieres dar cuenta, las tienes clavadas como una astilla en el alma.

Abrí la puerta de mi casa y di una calada a la vida, como tantas otras veces. Sabía a sal y a desesperanza.

Cuando llegué al mar, contemplé la muerte como quien contempla un final ineludible.

La canción del mar se tornó negra. Las olas habían callado. Todo había callado. Sentía un profundo silencio apretando mi pecho.

En la orilla, cerca de veinte o treinta siluetas de blanco se movían de un lado a otro. El agua era de un color grisáceo, y se entremezclaba con el cielo en el horizonte. En la lejanía, como frágiles trazos de luz, volaban en círculos las gaviotas. Entonces, los vi.

Sobre las rocas, o mecidos por el mar enfermo, los cadáveres negros de los habitantes del océano. Sin que me dé cuenta, cayó en silencio una lluvia fina, pero igual de dolorosa que la tormenta más oscura. Veía cómo las gotas quebraban el aire, y me pareció sentir cómo el mar intentaba sanarse llorando.

Transcurridos unos días, yo mismo me convertí en una de las siluetas de blanco. Escuché de nuevo el llanto de espuma que tan bien conocía, y me di cuenta de lo mucho que éste había cambiado. Aún

hoy no ha vuelto a ser el mismo.

-Hay heridas que quizá nunca sanen del todo -de nuevo, el recuerdo constante de mi la voz de mi padre-. Para curarlas, quizá necesites abrirlas otra vez.

Hace apenas tres días, se inauguró un nuevo museo en mi ciudad. Ayer lo visité por primera vez, y entré en una sala oscura de gruesos cristales en las paredes. A través de ellos, vi de nuevo la desgracia que había marcado mi infancia. El petróleo... la enredadera. El plástico por todas partes. Aquella imagen despertó esta historia. Aquel silencio despertó la palabra.

Durante las semanas de primavera que hoy parecen tan lejanas, murieron más de 100.000 aves. Yo las había visto con mis propios ojos, y había sentido su muerte como mi muerte propia. Pero, allí, en aquel museo, también pudieron sentirla niños y niñas que no la habían vivido, que quizás no conocían la peor catástrofe que había atravesado la ciudad que les vio nacer mucho antes de que ellos llegaran al mundo. Espero que, al poder verla, nazca en ellos la energía, el poder que yo ya no tengo para cambiarlo.

El mar, tal y como yo lo he conocido, nunca pudo recuperarse. Aunque crezco con él, y cada vez que lo visito o que entro en aquel museo, veo en su canción antigua la canción que yo cantaba con él. La canción de siempre.